

CRISTOFOBIA Y OCCIDENTE

Consecuencias de las religiones seculares

Kenneth Minogue

The New Criterion, Volume 21 June 2003, page 4

Traducción/Edición: Alberto Mansueti

<http://www.newcriterion.com/articles.cfm/-ldquo-Christophobia--and-the-West-1355>

Presentación del Traductor:

Kenneth Minogue es Profesor Emérito de Ciencia Política en la London School of Economics LSE. Y como muchos otros académicos de su talla, es un “cristiano cultural”, lo cual amerita una aclaración.

¿Qué es un “cristiano cultural”? Alguien que no necesariamente “profesa” la fe cristiana o adhiere a alguna teología o confesión particular, por tanto no siempre es “cristiano profesante”, pero comparte los principios, normas y valores aportados a Occidente por la cultura cristiana, y con ellos se identifica.

La aclaración es relevante porque así como no todo cristiano cultural es un cristiano profesante, lo opuesto también sucede: no todo cristiano profesante es un cristiano cultural. Hay muchos cristianos profesantes que son marxistas culturales, por ej. los adherentes a la Teología de la Liberación. Y por lo tanto, en la Guerra Cultural contra Occidente que hoy se libra en todo el mundo, esos “cristianos” están del lado marxista, obviamente.

Y muchos cristianos culturales, como Kenneth Minogue, están de nuestro lado. Dicho lo cual, no hace falta más presentación.

Alberto Mansueti

La política pública en una democracia se apoya en la opinión pública, pero ésta a su vez se basa en el “sentimiento público”. Y los sentimientos de la gente hacia objetos remotos y abstractos tipo “el Estado” y similares conceptos, son normalmente muy estables, pero cuando cambian, se produce algo así como un terremoto en el mundo político.

Opinión pública y sentimiento público

Hace poco Shelby Steele escribió sobre la revolución del sentimiento público en EEUU durante los ‘60, cuando el racismo blanco fue sustituido por la “Culpa Blanca”. Es el título de su libro, que describe una gran cantidad de nuevas estructuras sociales y morales que emergieron como resultado de ese giro. La emergencia del sentimiento antiEEUU en Europa a raíz del 9/11 es menos básica, pero es también una revolución de sentimientos, en muchos aspectos, y hasta el mismo Estado de Israel se ha visto sacudido por este mismo cambio.

Mi preocupación es con otro reciente cambio de sentimiento, menos espectacular pero creo no menos significativo: el creciente odio al cristianismo en los pueblos de Occidente, que llamaré "Cristofobia".

Esto no es secularismo

No hablo de secularismo. El escepticismo acerca del cristianismo comenzó en fundamentalmente en el s. XVIII, y creció firme a lo largo del s. XX. No es sorprendente que una revelación que pretende descubrir aspectos trascendentales de la condición humana, pero redactada en el idioma de un pasado remoto, no pueda sobrevivir a la llegada de lo que llamaremos "cosmovisión científica", en la cual la verdad se prueba por confirmación empírica.

La respuesta de gran parte de la cristiandad ha sido refugiarse en un acomodo modernista con lo que se toma convencionalmente por “ciencia”, la cual nos ha traído el ecumenismo, esa especie de deísmo (si lo he entendido bien), según el cual las diversas religiones son respuestas distintas a la misma creación divina.

Pero el secularismo no es la única pieza en el rompecabezas. El secularismo nos llevaría a esperar una lenta evaporación del cristianismo, reservando los cristianos las mañanas de los domingos para sus cultos, y los humanistas seculares para sus suplementos de la prensa. Claro, habría ciertas excepciones a este panorama general de mengua religiosa: el cristianismo sigue siendo una causa de conflictos violentos en sitios como Irlanda del Norte, y en EEUU evangélicos y católicos romanos se dan cita en las marchas contra clínicas abortistas y demás expresiones del feminismo. La Iglesia Católica sigue siendo resistente a la modernidad en algunos aspectos sorprendentes, pero también ha estado mucho tiempo a la defensiva, y la “Teología de la Liberación” deja muy atrás al ecumenismo. En África y Latinoamérica los cristianos son cada vez más numerosos, pero

sin aquel celo de perseguir a los herejes que cada tanto marcó a las iglesias desde la Baja Edad Media hasta la Edad Moderna.

Por eso surge el problema: ¿por qué un número tan significativo de occidentales, y en especial personas educadas, muestran cada vez un odio más visceral por este conjunto de creencias, si aparentemente se hallan en declive?

Los Hitchens y los vientos anti-cristianos

Me di cuenta de la Cristofobia en el caso de los hermanos Hitchens, célebres periodistas. Christopher es un "rebelde de izquierda" en EEUU, y hace poco visitó Inglaterra su país natal, donde su hermano Peter es conservador y patriótico. En una entrevista en The Times, se le preguntó. "¿A Ud. y a su hermano les separa la política?" Respuesta: "No, en absoluto, lo que no soporto es que Peter es cristiano practicante".

Christopher es como como aquel editor inglés que una vez definió "fanático religioso" a "cualquier persona que cree en Dios". Eso fue una broma, pero Christopher no bromeaba. En Noviembre del año pasado una competencia para atletas cristianos se tuvo que cerrar en Inglaterra, porque los deportistas no querían "verse etiquetados" como cristianos.

Hay gente como Richard Dawkins, cuya misión en lugares como la U. de Oxford es dar oxígeno a las pasiones de la "Asociación de Prensa Racionalista", para cuyos lectores "el cristianismo es un poder represivo y asfixiante, contra el cual toda forma de libre expresión, desde la ciencia y hasta el amor libre, debe combatir, para poder respirar". El escritor ateo Philip Pullman escribe una trilogía de cuentos para niños, que es best-seller como la "Narnia" de ahora, retomando la vieja teoría gnóstica sobre la tentación en el Edén no como una invitación al mal y a la desobediencia, sino como una convocatoria a la iluminación del conocimiento. Por otra parte, hace algunos años en el Líbano un grupo cristiano distribuyó panfletos pidiendo disculpas por las Cruzadas a los habitantes de Beirut... obviamente perplejos.

Pero dejemos estas pajas en el viento y pasemos al viento mismo: encuestas recientes del National Election Study en EEUU aplicaron "termómetros de sentimientos" para sondear diferentes grupos en el tema religión, y sus actitudes recíprocas. Muestran que , ha disminuido la hostilidad mutua entre judíos, católicos y evangélicos, etc.; pero los humanistas seculares, que en la las "guerras culturales" se catalogan como "progresistas" y no ortodoxos en el arco moral y religioso, son cada vez más hostiles hacia lo que ellos llaman "derecha religiosa". El control de esta gente sobre el Partido Demócrata crece desde la célebre Convención de 1972 en Miami.

El Cristianismo entre la Modernidad y la Ilustración

¿Por qué deberían los intelectuales gastar pólvora contra un objetivo que ha desaparecido en gran medida del mapa (y en una batalla donde los temas morales y lógicos están

confundidos)? ¿Y qué nos habla esto de la cohesión interna de la civilización europea u occidental?

Una pregunta más directamente política nos llevaría a observar el agudo contraste entre la extraordinaria sensibilidad por las ofensas al Islam en los países occidentales desde el 9/11, y la despreocupación por la mofa que hacen de los cristianos ciertos artistas y escritores.

Pero antes de sugerir una explicación de este fenómeno, voy a explorar su significación más amplia.

En la Edad Media, el cristianismo era una ley a la que sus seguidores estaban sujetos: o sea, era una identidad, al igual que el judaísmo y el Islam. Con la llegada de la Era Moderna en cambio, la religión cristiana se hizo, o tal vez fue manipulada para hacerse, un conjunto de creencias que deben responder a las mismas preguntas que se hacen los científicos, papel que desde luego excede de su competencia, y del cual el cristianismo se ha estado retirando constantemente. Y desde el s. XVI, la ancha Iglesia cristiana que abarcaba también la República Christiana medieval, se quebró en una serie de versiones disputando entre sí, lo que es todo un desastre desde el punto de vista de las relaciones públicas.

En el s. XVIII, días de Voltaire, las iglesias cristianas adoptaron frente a la Ilustración una serie de actitudes defensivas, hasta el día de hoy. Por un lado, el cristianismo se asoció con la ortodoxia y la autoridad, y en contra de la razón. Por otro lado, su lenguaje adoptó un tono de súplica y consuelo resignado, en contraste con la posición en apariencia realista del escéptico, y también del ateo que no espera otra vida “más allá”. Entonces la frase “épater les bourgeois” (escandalizar a los burgueses) de los poetas románticos “decadentes”, tuvo su paralelo en “épater les chrétiens”, deporte no menos divertido; y de hecho las dos clases eran a menudo la misma.

La esencia del conflicto entre "ciencia" y "religión" se resumió en la pregunta matadora: "¿Crees en Dios?" Pero entendiendo por "Dios" un ubicuo y anciano patriarca con algún poder para castigar o premiar. La premisa de Friedrich Nietzsche “Dios ha muerto” fue ampliamente aceptada, aunque no el corolario de Fedor Dostoievski: “Si Dios ha muerto, entonces todo está permitido”.

Es importante ver que la mayoría de estas batallas no fueron entre ciencia y cristianismo, sino entre ciencia y “religión”, en general. Marx no dijo que el cristianismo era el opio del pueblo, sino “la religión” en general. El punto era sobre los motivos para creer, de la fe contra la razón; y todas las proposiciones religiosas en principio fueron igualmente tratadas como supersticiosas, y sospechosas potenciales de intolerancia no negociable, o "declaraciones sin sentido" en el sentido técnico del positivismo lógico. Esta fue la posición del régimen bolchevique ruso, cuando el ateísmo era la doctrina que en materia religiosa se enseñaba en sus escuelas.

Ahora hay sin embargo un cambio importante en la opinión progresista: en un contexto “multicultural” posmodernista, las creencias religiosas son tenidas como parte de la “cultura”, y por lo tanto se hallan fuera del alcance de la crítica, ... a menos que sean las cristianas, o más recientemente, judías.

Voltaire y los racionalismos

Podemos llamar a este sentimiento "Cristofobia", y su versión más simple es la leyenda recibida de Voltaire y los Ilustrados del s. XVIII: que la Humanidad ha sido siempre dominada por todo tipo de extraños prejuicios y supersticiones, pero que por fin, en “el Siglo de las Luces”, un amanecer de la razón se eleva en los cielos, y las gentes abandonan sus absurdos divisiones, y se reconocen a sí mismas como compartiendo una misma esencia humana, con el derecho a la felicidad, y el poder consiguiente para que suceda realmente.

Tal fue el Credo del jacobinismo, el socialismo, los racionalismos de diversa índole, incluso de los Fundadores de EEUU, el positivismo lógico, y todas las otras versiones de lo que en el s. XIX se tenía como “El Progreso”, y el s. XX llamó "Proyecto de la Ilustración". Es muy importante ver que era un proyecto global: todas las otras civilizaciones y los pueblos debían ser incluidos en esta proyectada salvación terrenal.

La leyenda volteriana es desde luego muy simplista, ya que no explica por qué el “amanecer de la razón” tuvo lugar precisamente en Europa, o incluso por qué tuvo lugar de todos modos. El Credo ilustrado era un programa político, y no quería reconocer su deuda con un pasado tan afanosamente repudiado. Se resistía a reconocer el cristianismo, ni siquiera como hecho histórico, nada que no fuera un lamentable extravío.

Por eso yo voy a señalar algunos hechos obvios en las que vemos el mundo moderno como surgido del Cristianismo, y no por rechazo sino por una evolución continua.

Cristianismo y Modernidad

Empiezo por la cuestión crucial de la naturaleza de los seres humanos. Los griegos creían que el hombre era un animal racional; ello implicaba que ser humano era una función de ser racional. Pero las mujeres y los esclavos son defectuosos en racionalidad, por ende, menos humanos. El cristianismo sustituyó esta idea por otra: cada persona, incluso mujeres y esclavos, posee un alma inmortal, y es igualmente valiosa para Dios, y que el alma se constituye por un conjunto de afectos, aunque trastornados por la Caída.

Así, el Cristianismo les opuso a las estructuras sociales jerárquicas un igualitarismo teológico, cada tanto en choque con los titulares de los altos cargos, obispos en particular. Desarrollando esta compleja idea sobre lo que es ser un ser humano, los pensadores cristianos hablaron de la “conciencia”, la que en las ciudades generó esa experiencia de vida moral que conocemos como “individualismo”. Sin este desarrollo, la idea de los derechos humanos no tendría sentido; y de hecho no la vemos en otras civilizaciones. La

abolición de la esclavitud fue un paso importante en el avance del proyecto de progreso civilizatorio, y casi en su totalidad un logro cristiano, como la igualdad de la mujer.

El punto esencial del cristianismo como religión es la fe en Jesús como Redentor. La fe es diferente del conocimiento, y por eso los filósofos cristianos trabajaron muy duro para mantener cierta coherencia en la doctrina, que no siempre lograron, por la propensión humana a hacer las cosas mal, e incluso hacerlas bien pero de forma inconveniente. Una de las primeras distinciones para dar sentido al mundo en términos cristianos, fue la diferencia entre secular y sagrado, en la que tanto insiste el laicismo; relaciona con la distinción entre poder religioso y civil, Iglesia y Estado. Y esos son nada menos que los componentes indispensables del pluralismo, que está en el corazón de nuestra civilización occidental.

La relación entre teología y ciencia es muy complicada para tratar aquí. Pero señalaría algo sobre el inicio de la ciencia y el método experimental, que permitió al mundo moderno superar en gran medida al griego. Depende de esta proposición: que el hombre sólo puede especular sobre su propia obra, pero la naturaleza es obra Dios. Entonces, no se puede aprender acerca de la naturaleza por especulación, como los griegos pretendían, sino por ponerla "en el potro de tortura", como lo expresó Francis Bacon.

Hasta aquí es quizá suficientes para el fin propuesto: clarificar que la pregunta "¿Crees en Dios?" es muy mal indicador para establecer la relación entre nuestra herencia cristiana por un lado, y por otro nuestra sofisticación moderna. E indicar que la remanida pintura del cristianismo como represivo invocando las Cruzadas, la Inquisición, y el juicio a Galileo, no es más que una aburrida incomprensión de la historia. ¿Qué institución humana, preguntemos, no tiene sus altos y bajos?

Pero antes de dar sentido a esta curiosa Cristofobia en el Occidente moderno, tengo que indicar por qué en términos de civilización esto es un fenómeno algo extraño.

¿Qué es una religión?

Lo mínimo para explicar la religión como fenómeno humano es que se trata de una serie de historias y creencias que los seres humanos se dicen a sí mismos para dar cuenta de lo que hay detrás del mundo manejable en el que vivimos, en tanto es manejable. O sea: es una respuesta al misterio de la condición humana. Otra respuesta es la secularista: que somos parte de una vida orgánica en evolución, surgida en un planeta menor y marginal, de un universo inimaginablemente inmenso.

Más allá de esto, las cuestiones de sentido y significado carecen de respuesta en términos científicos, por eso tendemos a seguir a Ludwig Wittgenstein: "de lo que no se puede hablar, mejor es callar". Hoy día bloqueamos las cuestiones religiosas, por carecer de respuesta empírica. Pero la gente responde de varias maneras: algunos evitan las preguntas

y siguen adelante con sus vidas, otros buscan un conjunto más exótico de historias y rituales, y muchos por supuesto siguen siendo cristianos, en un grado u otro.

Tenemos una cultura que en gran medida deja sin considerar seriamente los últimos principios (o primeros). Abandonamos las catedrales, y nos contentamos con escabullirnos por los rascacielos. Quizá somos pioneros de una nueva forma de civilización, en la que las preguntas sobre el significado se toman como esencialmente imposible de responder, y se echan a un lado. O alternativamente, podemos haber transferido nuestras pasiones, desde la religión, hacia creencias de alguna otra clase.

Mi posición personal

Los filósofos todo lo convierten en prolegómenos. Por eso, antes de llegar al argumento principal, quizá deba declarar mi posición: soy un escéptico, simple hijo de los tiempos secularistas, pero me impresiona la grandeza y complejidad de la intelectualidad cristiana. La ciudad volteriana y atea, vista desde aquí, luce algo superficial. Y en la vasta y laberíntica mansión que es nuestra civilización, el ala gótica, lugar de nuestra imaginación religiosa, aunque menos frecuentada que antes y cubierta de telarañas, sigue teniendo una presencia inquietante.

Religiones vicarias (sustitutivas)

Hoy en día compramos sustitutos para la religión. En términos seculares, su rasgo básico es que debe parecerse más a la ciencia que a la religión. Déjeme sugerir que los europeos educados hoy se unen en un proyecto que podemos caracterizar como el perfeccionamiento de la condición humana mediante el poder de la razón.

La devoción a esta perfección les hace analizar las noticias de cada día buscando signos de los tiempos. Enfocan tres temas: el drama de los “derechos humanos”, y la forma como se violan a cada giro del mundo; la pobreza, que muestra la desigualdad, esa imperfección; y los procesos y acuerdos de paz, que llevan para adelante, y la violencia e intolerancia, que llevan para atrás.

La meta es lograr progreso en la humana felicidad. Nos alegramos si las señales son buenas, y nos abrumamos si son malas. Quienes responden a esta nueva forma de devoción, buscan aprovechar la energía humana para controlar la locura humana, inspirados en los éxitos del pasado sobre los caprichos de la naturaleza. Hay muchos desacuerdos internos sobre qué significa esta perfección, aunque existe hoy un amplio consenso en que el problema central es la guerra y otras formas de conflicto, intolerancia. Todo se puede resumir en el eslogan: “La humanidad debe tomar su destino en sus propias manos”.

La religión de la Ilustración: el proyecto Progreso

Distingamos tres etapas, más exactamente tres variantes en el desarrollo de este proyecto. La primera es la propia idea de “progreso”, tan familiar para nosotros en estos días. Los europeos del s. XIX, llevaron los beneficios de la salvación cristiana a gentes tecnológicamente incapaces, y también otras cosas como agua potable, ferrocarriles e industrias. Todo el paquete se vio como un aumento tipo divino en el poder humano para controlar circunstancias humanas.

Pero fue perturbador para otras culturas, que se habían acostumbrado a otra idea de la diferencia entre lo que podía cambiarse y lo que debía soportarse. De Occidente les llegaron unos extranjeros, enseñando que ciertas cosas desagradables que siempre habían tomado como inevitables, podrían ser remediadas.

Para colmo, estos extranjeros fueron misioneros no sólo a otras culturas, sino también a la masa del pueblo dentro mismo de su propia cultura. Y si bien los misioneros cristianos como Schweitzer y la Madre Teresa han sido las grandes figuras de esta deriva para mejorar la vida de la gente no occidental, sucede que en Europa, EEUU y otras partes de Occidente, fueron los gobernantes y reformadores sociales. Los tecnólogos, los administradores y los expertos fueron "los occidentalizadores de Occidente", como les llama Ernest Gellner, el sociólogo francés.

Los cristianos podrán creer en el progreso, pero los “progresistas” tenderán a ver el cristianismo como un extra opcional, y a veces como un obstáculo al avance de la razón; por eso los cristianos fueron a menudo “sospechosos” respecto al progreso.

William Ralph Inge, el teólogo anglicano del s. XIX, escribió: “Para que una superstición se haga una religión popular, solo le es necesario que esclavice alguna filosofía”. Y la superstición del Progreso, tuvo la singular buena fortuna de esclavizar no una, sino al menos tres filosofías: las de Hegel, Comte, y Darwin.

Más allá de la civilización europea, en China o India p. ej., la demanda era por filosofías de un tipo u otro, no por religiones, porque ya tenían, y muchas. Y querían pólvora, agua corriente y vacunas, que eran meras cosas, no rutas de salvación.

Sí al ferrocarril; no a la religión cristiana ni a las instituciones occidentales

Para la mayoría de los beneficiarios de la Ilustración occidental fuera de Occidente, por razones comprensibles el cristianismo se vio como un extra opcional. Los cristianos y ministros de otras religiones, lucían enredados en interminables e irresolubles querellas. Lo bueno era que los científicos parecían tener el método para llegar a acuerdos sobre lo que es cierto y lo que funciona. De ahí que la respuesta inicial mayoritaria de los no occidentales, fuera la admiración por las habilidades técnicas de los europeos, y el desprecio por sus

creencias y modales. Lo inteligente parecía ser copiarse de Occidente la tecnología, y desechar el resto.

Pero seleccionar bienes culturales como en Menú de cafetería no funcionó. No es así. Fue desconcertante, pero en formas a menudo misteriosas, los ferrocarriles, la cirugía médica e incluso la ciencia militar, etc. parecía imposible de separar de las instituciones e ideas occidentales.

La horrorosa posibilidad que aparentemente se cernía sobre los no occidentales, era que con el fin de despegarse a sí mismos de estas potencias occidentales, los no europeos pudieran tener que convertirse en europeos en alguna medida. El extranjero es siempre detestable, y si es superior en algo, es aún más detestable. ¡Había que guardarse y precaverse contra Occidente!

Hasta pueblos culturalmente más próximos a Europa como los rusos, generaron fuertes contracorrientes a la influencia occidental, como los eslavófilos. Y lo mismo en Europa del Este. Incluso los alemanes antes de la I GM se vieron a sí misma como una nación espiritualmente muy superior a los franceses y los británicos, a pesar de su tecnología, que despreciaron como superficial.

Rebelión contra Occidente: el comunismo

El progresismo fue un movimiento para traer la razón y el bienestar a los pobres en Occidente y a los pueblos oprimidos en el resto del mundo. Estaba inspirado en la benevolencia; pero sucede que en cierto nivel de las relaciones humanas, la benevolencia no se distingue fácilmente del poder. Y Occidente parecía decidido a la conquista del mundo. El resultado sería la rebelión antieuropea de los imitadores de los europeos.

No vieron que su rebelión contra el poder de Occidente sólo podía articularse mediante ideas e instituciones tan occidentales como nacionalismo, autodeterminación de los pueblos, parlamentos, etc., tomados de ese mismo Occidente tan arrogante. Pero cualquier instrumento a mano servía. Así el mundo no occidental entonces exigió para sí mismo todas las libertades políticas de las cuales Occidente afirmaba ser campeón.

Pero este repudio al progreso no detuvo el proyecto Progreso. El ingenio occidental se dio a la tarea de crear formas más asimilables de occidentalización. El truco consistía en combinar alguna versión de la occidentalización, o tal vez debería decirse de la modernización, que sin dejar de ser una receta para "unirse al mundo moderno", fuse a la vez una expresión de franca hostilidad hacia Occidente.

Este "paquete" permitiría p. ej. a los chinos y a los indios resentidos asimilar elementos de Occidente, y al mismo tiempo rechazarle. La razón y la pasión pudieran así acomodarse. Este fue el gran logro de Marx y otros socialistas, aunque no exactamente su intención, para

quienes la occidentalización de Occidente fue tan central en su agenda como lo fue la difusión de la Ilustración en el resto del mundo.

Hablo de tres "etapas" del proyecto de la Ilustración, pero no son realmente estadios sucesivos, hay solapamiento. La versión marxista del progreso fue el comunismo, término que puede equivaler a toda forma de colectivismo que parte de la suposición de que el individualismo burgués fue nada más que una fase en la emergencia de la Modernidad, y que su reemplazo por formas más comunales de asociación es inminente.

En sus inicios, el comunismo se veía a sí mismo como el verdadero heredero del proyecto Progreso. Los ilustrados apuntaban a la razón, y los comunistas a "la revolución", como el medio de dinamitar a toda "la reacción", con el fin de abrir una vía a la tierra prometida de la tecnología y la igualdad. O sea "los soviets más electricidad", frase con la cual Lenin definió el comunismo en aquel célebre VIII Congreso comunista de 1920. La versión marxista del perfeccionismo de la raza humana, tuvo grande e irresistible atractivo durante la mayor parte del s. XX, en parte porque ofrecía la promesa de ponerse al día con Occidente, pero también de saltarse una etapa, y ponerse a la cabeza del Convoy del Progreso.

El gran drama del s. XX ha sido el fracaso de esta promesa. Lejos de resolver los conflictos humanos, la "revolución de la fraternidad" sirvió para aumentarlos. Y lejos de progresar en el mundo moderno, los países que siguieron esta vía perdieron gran parte de su capital moral y/o social. Terminaron con unas cuantas industrias obsoletas y oxidadas, construidas sobre pilas de cadáveres. Debería haber quedado claro que el progreso en la condición humana era un poco más complicado de lo que parecía.

El Olimpianismo y los Derechos Humanos

El estrepitoso fracaso del comunismo se vio en la caída de la URSS. Pero como en la mayoría de estos casos sucede, falla la profecía, pero sin embargo la fe no flaquea. De hecho, una versión alternativa al comunismo había estado madurando largamente, aunque en las sombras por un tiempo, por la confianza en encontrarle solución rápida a "los problemas de la revolución".

La alternativa tenía ya un siglo al menos, y un notable repertorio de instituciones adscritas. Podemos llamar "Olimpianismo" al plan de una élite mundial cuyos miembros se ven como dioses en la cima de un Monte Olimpo del saber, gozando de una Iluminación intelectual superior. Su misión es extender este beneficio y sus resultados a los comunes mortales que vivimos en las pendientes inferiores de los logros humanos. Así como el comunismo era un proyecto político que se hacía pasar por una ciencia superior, el olimpianismo parasita en las instituciones más poderosas de la emergente Economía del Conocimiento: las Universidades.

Es una visión de bienestar humano a escala mundial, uniendo a todos los pueblos del mundo en una sola comunidad, basada en el disfrute universal de los “Derechos Humanos”, definidos por los olimpiantistas.

Hay gran elenco de mentes dedicadas a lo que ven como el triunfo de la razón y la comunidad sobre la superstición, la intolerancia, el odio y la violencia. Es un paquete político-moral, sin la distinción moderna entre moral y política, que aspira a un modo de vida en común, más allá de la vida individual. El olimpiantista se cree un agente ético, y afirma su fe en una humanidad “multicultural”, viviendo en condiciones sociales y económicas libres de las causas de la miseria actual. Es una visión compleja, y de largo plazo; sus líderes en Occidente participan en sus diferentes segmentos.

El olimpiantista se traba en una dialéctica enredada, porque es elitista y a la vez igualitarista. Elitista porque se auto-atribuye una superior y más elevada racionalidad, adquirida en la Academia. Igualitarista porque adhiere formalmente a la democracia como rechazo a toda forma de autoridad tradicional, pero sin interés en averiguar lo que la gente común realmente piensa o quiere. Estos dioses no se subordinan a los nosotros los mortales: simplemente nos instruyen.

Idealmente, la doctrina se propaga por persuasión racional, en tanto el prejuicio da paso a la iluminación. E idealmente también, la democracia es para ellos el único modo aceptable de coordinación social; pero hasta que la mayoría de la gente no haya logrado la iluminación, debe ser “educada” y constreñida en el ejercicio de sus “derechos humanos”, los cuales la legislación olimpiantista decreta constantemente y sin cesar. Sin estas restricciones, el progreso estaría en peligro, víctima del populismo reaccionario, que no vacilaría en apelar a los antiguos prejuicios.

La educación en el Gobierno Mundial

Así, la pasión primordial del olimpiantista es educar a los ignorantes, y todo lo trata en términos de “educación”. P. ej. las leyes son para moldear y controlar la conducta de las personas, pero también para enviarles mensajes educativos. La pedagogía de los olimpiantistas confía en los modelos de rol y de conducta a seguir, en las campañas “educativas” y de opinión pública, pero también en las feroces restricciones a los que resisten, dudan o plantean interrogantes en cuestiones sensibles.

El olimpiantismo es el sistema de creencias típico de los humanistas seculares de hoy en día, pero tiene todos los rasgos de una religión. En su fusión de convicción política y superioridad moral, se parece a las religiones de las sociedades no liberales: formas integrales de creencia y conducta que suministran a los creyentes todo lo necesario para su salvación en cada aspecto de la vida.

Las religiones que conocemos son monoteístas, y todo lo refieren a un solo centro, que en los credos tradicionales es Dios. El olimpianismo tiene su dios que es la sociedad, “multicultural”, entendida como toda la humanidad en su conjunto, al menos en última instancia. Como muchas religiones, el olimpianismo busca prosélitos; el medio para su actividad misionera es el periodismo y los medios de comunicación.

Si el olimpianismo tiene el carácter de una religión, como estoy sugiriendo, no hay misterio acerca de su hostilidad al cristianismo. Las religiones no se miran bien unas con otras porque son competencia; claro que hablo de religiones reales, no de esas inventadas, que salen de los tubos de ensayo de los talleres y laboratorios sociales, como el ecumenismo.

Aunque el olimpianismo está en la interesante posición de una religión que no se reconoce como tal; y de hecho afirma una superioridad intelectual frente a toda religión en general, y en particular despliega una gran medida de Cristofobia. Es que el Olimpianismo es un plan imperial, que sólo puede ser obstaculizada por la asociación entre el Cristianismo y Occidente.

Una imagen: el plan africano de Ghadaffy

Consideremos otro proyecto obviamente imperial, p. ej. parece que el Coronel Ghadaffy de Libia quiere fusionar su país con el conjunto de África. Esta empresa parecería absurda: Libia es pequeña, comparada con África. Pero el Coronel busca "fundir y fusionar Libia en África". El costo de esta gran aventura catastrófica sería que Libia dejaría de existir; pero por otra parte, Libia sería convertida en África: tendría como suyas todas las corrientes fluviales, fuentes de materias primas, población creciente, etc.

Es un grandioso plan de “toma de control”, y a mi juicio es buena imagen del proyecto olimpianista de convertir la totalidad mundo en una expresión de la prosperidad occidental, y de la vigencia global de los “derechos humanos”, tal y como ellos los entienden. Dejar de lado el carácter particular de la civilización occidental como un ente histórico sería el costo, y el beneficio “la salvación de la humanidad”, tal como la elites globalistas conciben este épico proyecto.

Empero es una fantasía, del mismo tipo de aquella de Gadaffy. La realidad es distinta: seas lo que seas no puedes renunciar a tu identidad, a tu cultura, porque eres lo que eres. Aunque puedes echar por la borda los restos de tu pasado, que piensas son impedimento para tus ambiciones presentes. Así es como algunos olimpianistas “humildemente” han pedido perdón por las Cruzadas, por la Inquisición, por la Conquista de América, por la esclavitud, y por cualquier otra cosa que pareciera servir para ganar el favor de una parte u otra del "Tercer Mundo".

Sobre todo el olimpianismo busca repudiar su fundamento religioso. El misionero racionalista no quiere esa minoría ruidosa recordando a los extranjeros que el proyecto de

justicia en el mundo es un resultado de la civilización occidental. El cristianismo es un recordatorio de este hecho, y por eso la irracional resistencia. El motivo de la Cristofobia, el odio visceral contra el cristianismo, es que contradice la ambición de presentar a Occidente como la fuente de la razón y la compasión, laicas y multi-culturales. Así puede explicarse también el creciente odio hacia Israel, visto como dogmatismo religioso anacrónico interpuesto en el camino de acomodación de Occidente con el mundo islámico.

Judicialización de la política

El camino para avanzar en el Gobierno Mundial pasa por la judicialización de los conflictos políticos. Y su instrumento central es en la ampliación de los tratados de DDHH y la sanción de un nuevo Derecho Penal Internacional. En 2003, la Libia de Ghadaffy fue escogida por votación secreta para la Presidencia de la Comisión de la ONU para los DDHH, a pesar de la oposición de EEUU. Esto sugiere cierta irrealidad en las organizaciones internacionales, pero los olímpianistas no se detienen en detalles: piensan a largo plazo.

Después de todo trabajan en esto desde cuando Woodrow Wilson y la Sociedad de Naciones. Y el retroceso en la primera posguerra fue recuperado con creces en la segunda con la ONU, que les da a las burocracias internacionales un poder inédito en todos los asuntos mundiales más importantes.

Los políticos firman tratados edificantes sin pensar en las contradicciones con la Constitución de sus países, buscan un lugar importante en las páginas de la historia, su más poderoso incentivo. Más tarde los textos van a ser “interpretados” por abogados y explicados por periodistas, siempre ampliando el poder de los políticos y burócratas, como un paso adelante para “hacer un mundo mejor”.

Hablan como si ellos fueran el derecho internacional. Ciertamente, las elites globales tienen fuerza suficiente en la opinión pública como para que toda denuncia de estos instrumentos por los gobiernos democráticos se haga una aventura peligrosa. El concepto de "comunidad global" es halagador para el mundo occidental, y por eso Occidente paga las cuentas. Sin embargo la expresión es vacía ya que no abarca al globo entero, ni es comunidad. La crisis de Irak en los años 2002-2003 dejó muy en claro que el elemento ejecutivo de la tal "comunidad", si lo hay, es EEUU; y la Asamblea General de la ONU no es tomada muy en serio como Legislatura.

Progreso, comunismo y olímpianismo: tres versiones del gran proyecto occidental. El primero es telón de fondo del pensamiento de hoy, el segundo ha sido obviamente un completo fracaso; pero el olímpianismo no sólo está vivo, sino una fuerza de gran peso e influencia en la manera de pensar ahora.

Por encima de todo, este olimpianismo determina la postura moral de Occidente hacia el resto del mundo. Afirma la democracia como un ideal ético, pero manipula cuidadosamente las actitudes, en un nervioso intento de poner bajo control todas las opiniones hostiles, p. ej. las creencias en la pena capital o los castigos corporales, prejuicio racial y otras formas de prejuicio, soberanía nacional, y de hecho la religión.

“Humildad” y Welfarismo global

La postura moral que el olimpianismo predica va con una especie de “humildad”. Dice estar dispuesto a compartir generosamente lo que tiene, tecnología especialmente. Su “mundo justo” es una oferta, no una imposición. Los olimpianistas harán los sacrificios necesarios para concretar el proyecto globalista de “incluir” a todos en la comunidad mundial. No sólo pagar los gastos, sino también revisar su pasado para eliminar todo lo que pudiese ser un punto de fricción con los pueblos no occidentales. Con esa humildad la elite globalista ofrece términos que todas las partes puedan “consensuar”, y su gran virtud es que pueden reconocer y confesar sus faltas, y pedir disculpas.

Esa “humildad” es connatural: la elite olimpianista quiere extender a todo el Tercer Mundo la misma prioridad para los pobres que se supone conceden las políticas socialdemocráticas del Welfare State. Aquella vieja “cuestión social” tan conocida en Europa, la de “cómo hacer frente al flagelo de la pobreza”, se ha globalizado: de pronto ha salido del estrecho marco nacional y ha ingresado en el contexto de la civilización. “La prueba de una civilización”, se dicen unos a otros los globalistas, aunque de manera poco creíble, “es la forma en que trata a sus pobres y vulnerables.” La retórica de las elites occidentales está llena de autocrítica plañidera sobre las “desigualdades”, en Occidente y en el mundo. Lo ideal que a estas elites les gustaría ver, o les complace imaginar que les gustaría ver, es un orden de cosas capaz de tratar con la desigualdad. Y con cualquier forma de ejercicio del poder “autoritario”.

“Capacitación” es entrenamiento

Porque al menos en el discurso, el objetivo de su proyecto en esta área es quitar de la base de un orden de convivencia social todas las pasiones irracionales, p. ej. el miedo al castigo, para abrir el paso a un tipo de expedientes más racionales como “comprensión”, compasión, y terapia. Como en las otras dos previas versiones de la Ilustración, la “educación”, la “capacitación” es central y básica, pero ambos términos designan en realidad un proceso que tiene como objetivo la producción de gente de un cierto tipo, en serie. O sea: moldear comportamientos, convertirlos en hábitos. En otras palabras, no es educación, es entrenamiento, para hacer que la gente sea empíricamente flexible pero moralmente rígida.

La palabrita “Gobernanza”

Esta postura moral y política asistencialista tiene una expresión en los asuntos internacionales: quieren hacer del “Estado” como institución coercitivo una rémora superviviente del pasado. La idea de gobernar no ha desaparecido del todo de la política, pero las elites prefieren el término "gobernanza", porque suena más hermético, y porque sugiere que la gente bien entrenada debe cumplir sin coerción, de modo casi automático, las conductas prescritas en un conjunto de leyes y normas, las cuales deben "emerger" de la sociedad, en vez de decretarse por un órgano soberano.

Acuerdos, resoluciones y recomendaciones, etc. deben presentarse en nuestras vidas desde arriba, sin apariencia de haber sido tocadas por mano humana; o sea, procedentes de ciertos organismos lejanos, de preferencia supra-nacionales (ya no inter-nacionales), conocidos nada más por sus siglas misteriosas, a fin de que pueda darse por sentada su sabiduría, más allá de todo cuestionamiento.

Y sin murmurar sobre las cargas fiscales que podría imponer “la redistribución de la riqueza”: los olimpienistas enseñan a sus poblaciones de pensar en sí mismas como generosas y compasivas. Hay impuestos y fondos para subsidiar a los pobres del Tercer Mundo: los occidentales son extraordinariamente generosos ayudando a los que sufren.

Estado nación y nacionalismo

Uno de los problemas centrales del olimpienismo es el Estado-nación y su derivado, el nacionalismo. Los Estados-naciones internamente homogéneos son una burla al concepto "comunidad mundial". La nación-Estado es un anacronismo: facilita la democracia, y también las guerras. Aquí los hechos han jugado a favor del proyecto: si la homogeneidad se pierde en tanto los estados se hacen más “multiculturales”, p. ej. por migraciones, se convierten en imperios multinacionales, y de esta manera se limita su libertad de acción en el exterior. Y además los imperios sólo se gobiernan, en la medida en que se gobiernan, no con democracia sino desde la cima. Por eso son ideales para la oligarquía.

Los olimpienistas están muy entusiasmados con el multiculturalismo. Los jefes de un Estado multicultural (plurinacional) no tendrán problema con una voluntad nacional rebelde: eso ya no existirá. Los abogados y administradores arbitrarán desde la cima los encontrados intereses de una población heterogénea, según principios superiores, establecidos por ellos. En caso de conflicto los entes estatales pueden ser llevados a juicio en los tribunales internacionales.

En todos los ámbitos el multiculturalismo impuesto en nombre de normas morales abstractas tiene el efecto de restringir libertades muy concretas: la autonomía y la autarquía de las instituciones civiles, p. ej. de las empresas para contratar a quien quieran, de las

escuelas para hacer los planes de estudio que quieran, de las universidades, iglesias, clínicas, etc., se erosiona bajo las normas centralizadas.

Como en el proyecto africano de Gadaffy, los olimpiastas están volviendo algo tan plural y flexible como una civilización, en algo tan rígido como un proyecto. Hay un propósito sombrío en la pasión olimpiasta por firmar más tratados, para dar más poder a los burócratas internacionales, que quieren gobernar el mundo. Todo se pretende encajar en el proyecto de gobierno mundial, hasta los detalles más íntimos de la vida familiar, y las modalidades de la educación a nivel local. Nos estamos quedando sin independencia de las universidades para admitir estudiantes y profesores, de las empresas para decidir a quién emplear y a quién no, de los ciudadanos para decir qué decir y qué pensar... todo es regulado, en nombre de la armonía entre naciones y la paz entre religiones. La alegría y la creatividad de las sociedades occidentales está menguando, o gravemente amenazada. También lo su identidad y libertad.

La globalización tiene efectos muy raros en nuestra forma de pensar. El más curioso: en nombre de la diversidad, se quiere encajar la rica pluralidad cultural de Occidente, en un molde racionalista gris y homogéneo, diseñado para la exportación, y para dominar sobre el resto del mundo. Toda una civilización se pasa a través de un plan, como si fuese un colador racionalista, para eliminar todo elemento que pueda verse (a juicio de los olimpiastas) como prejuicio, intolerancia y superstición.

Los europeos quedarán sin brújula ni orientación en un mundo de maravillosas abstracciones.

Esto es como en aquella fábula de la rana, que narra Esopo: la rana quería ser tan grande como un buey, y se infló y se infló, hasta que su piel se hizo más y más delgada, y reventó.